

de Vega, que también gustaba muchísimo de ellas. Igualmente en las ingeniosidades que suele dedicar a las damas. Véase la «Poesía dedicada a una dama que le pidió una cartilla para aprender a leer»:

Ellas mismas os dirán
vuestra gracia y mi penar:
es la a. por el amor
por la b. vuestra beldad
por la c. la crueldad
y la d. de mi dolor.

Como el Fénix de los Ingenios, Juan del Encina tuvo mil facetas. Poseyó una enorme imaginación y una gran capacidad para hermanar elementos heterogéneos y crear una obra de arte. Sus «Disparates trovados» son lo más original y extraño que hemos leído en la literatura castellana. Con ellos se anticipa a las fantasías de Quevedo y a los caprichos goyescos, haciéndose eco literario de las pinturas de Jerónimo Bosco, de la misma época.

Por otra parte, da muestras de una ternura y sensibilidad delicada en sus villancicos navideños, especialmente los dedicados a la Virgen. Como artista y hombre, la figura de Juan del Encina es muy interesante.

Su faceta de autor dramático es la que más nos interesa para el tema del teatro español que venimos estudiando. Si nos hemos detenido algo en su lirismo es por lo que pueda completarnos la visión teatral.

Escribió Juan del Encina varias églogas: de Navidad, de Carnaval y de la Pasión, y algunas comedias influídas por la manera italiana. La «Egloga de Navidad», llamada de las grandes lluvias, porque los pastores a los que se aparece el Ángel anunciador están hablando de ellas, es un mero pretexto para dar rienda suelta a las

ocurrentes chanzas de los rústicos, que terminan piadosamente llevando sus ofrendas al Salvador.

La Egloga de Mingo, Gil y Pascuala es una especie de recuesta clásica, en las que se discuten las ventajas del amor cortesano y del pastoril. Es muy bonita y alegre.

La Egloga de Antruejo o del Carnal (Carnaval), en la que unos pastores se aprovechan a comer antes de que llegue la Cuaresma. Precediendo los primeros versos, Juan del Encina la resume así: Egloga... adonde se introducen los mismos pastores de arriba, llamados Beneito y Bras, Lloriente y Pedruelo. Y primero Beneito entró en la sala adonde el duque y la duquesa estaban, y tendido en el suelo, de gran reposo comenzó a cenar; y luego Bras, que ya había cenado, entró diciendo: «Carnal fuera»; mas importunado de Beneito tornó otra vez a cenar con él, y estando cenando y razonando sobre la venida de Cuaresma, entraron Lloriente y Pedruelo, y todos cuatro juntamente, comiendo y cantando con mucho placer, dieron fin a su festejar.»

El Auto del Repelón es una muestra del teatro escolar. En él se introducen «dos pastores, Pernicurto e Johan Paramas, los cuales, estando vendiendo su mercadería, llegaron ciertos estudiantes que los repelaron, faciéndoles otras burlas peores». Tanto en las églogas como en esta obra, el bobo y el pastor son elementos cómicos que pueden servir de antecedente a algunos graciosos lopescos.

Por lo que se refiere a las comedias cortesananas como la «Egloga de Plácida y Victoriano», muy influída por la Celestina, se hace resaltar la fuerza del amor, que es «una pasión de maravilla», al decir de la protagonista, que, imbuída del paganismo naciente, se suicida en escena, no sin